

C 8/44

de la Biblioteca d'Art
del Museu de Barcelona

~~J. Camps~~



SAN CRISTÓBAL, MÁRTIR



CAPILLA DE SAN CRISTÓBAL DEL REGOMIR



RESEÑA HISTÓRICA

I.—El Santo

UNO de los más conspicuos y legendarios del Cristianismo fué San Cristóbal, hasta rayar en fabula su historia y en alegoría su leyenda. Pintale en efecto, la tradición, cual uno de los primeros atletas de la verdadera creencia, no sólo en sentido metafísico y moral, sino en el material y físico; bajo figura de un corpulento gigante, que con las ventajas de su talla podía prestar singulares y extraordinarios servicios. Cananeo de origen, en Palestina, llamado entonces *Ofero*, Imperando Decio, á mediados del siglo III de la era Cristiana, prevalido de su aptitud para grandes trabajos, y no contento con los que prestaba en su humilde condición de bracero, púsose á correr mundo en busca de algún señor muy poderoso, digno de él, á quien servir. Visitó reinos y países ofreciéndose á muchos soberanos, y acabó por fijarse en la Corte de un gran monarca asiá-

tico, el cual mostrándose satisfecho de su valer, le confió numerosos encargos. Un día, sin embargo, oyendo éste nombrar en su presencia á Lucifer, y mostrándose poseído de miedo, *Ofero* conoció que el diablo le era superior, y se apresuró á abandonarle.

Andando nuevas tierras en busca de otro dueño, tropleza con una comitiva de ginetes, mandada por un jefe negro de feroz catadura, el cual le pregunta.—¿A quien buscas?—*Ofero* responde.—Al diablo, para servirle.—Yo soy; sígueme—replica aquél. Agregados, siguieron su camino, y como en mitad de él alzábase una cruz, viéndola el diablo, mandó al punto volver atrás.—¿Por qué retrocedes?—exclamó *Ofero*.—Porque me dá miedo esta imagen de Cristo.—Ola! te dá miedo? Luego es más que tû. Pues con El me voy.

Y retrocediendo á su vez, halló más lejos á un ermitaño, á quien preguntó.—¿Dónde está Cristo?—En todas partes, responde aquél.—¿No te entiendo, dijo *Ofero*; mas si esto es verdad, dime qué servicios puede prestarle un sujeto de mi tempie.—A Cristo se le sirve con oraciones, ayunos y vigillas.—No conozco tales prácticas; enséñame, pues, otras maneras de servirle. Entonces el ermitaño le condujo á un torrente que impetuoso bajaba de lo alto del monte y le dijo.—Mira: cuantos quieren atravesar estas aguas, suelen morir ahogados; tû que eres robusto, quédate aquí, y cuando se presente alguno, llévale acuestas al otro lado y si lo hicieres por amor á Cristo, él te reconocerá como uno de sus servidores.— Eso me conviene, exclamó *Ofero*, y de contado voy á servir á Cristo.

Labróse allí mismo una choza, y diariamente pasaba á los viandantes de una á otra orilla. Cierta noche, dormido de cansancio, oyó por tres veces la voz de un niño que le llamaba. Levantóse enseguida, y cargando con el chico penetó en el torrente. Sobreviené una avenida

impetuosa, y á la vez el niño adquiere un peso intolerable. Ofero para no ser arrastrado, tiene que agarrarse á un árbol próximo, exclamando:—*Cristo, ¡valme*, lo que pesas!—El niño responde: Desde ahora este será tu nombre, ó mejor el de *Cristófero* (portador de Cristo) pues has llevado á Cristo, y con él al mundo de que es autor; y yo, en concepto de Dios y Señor tuyo, único á quien debes servir, te bautizo en nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo; y desapareció.

Cristóbal ó Cristófero sintiéndose avocado á mayores destinos, dejó aquel empleo y emprendió nueva caminata, guiado por el Espíritu Santo, hacia la provincia de Licia donde los Cristianos sufrían violenta persecución. Sin conocer el idioma, asocióse á ellos y á sus prácticas, no tardando á convertirse en uno de los más ardientes secuaces de la fe. Armado de ciega confianza en Dios y preparado con oraciones y mortificaciones, bien pronto se halló en estado de convertir á su vez á las muchedumbres, proveyéndole el Señor con un colmo de virtudes y el don de milagros, de tal suerte que por la fuerza de ellos y la influencia de sus palabras, llevábase tras sí á la gente más rehacia y obstinada. Preso en Samos de orden del emperador Decio, resistióse á todo linaje de violencias y seducciones, para que adorase á los falsos dioses; con su solo aspecto confundió á dos rameraas que mandaron á su calabozo para hacerle prevaricar, transformándolas de tal suerte, que al oír sus persuasiones, cambiaron de vida y al fin padecieron martirio. El juez que le tenía preso, viendo la inutilidad de todo esfuerzo contra él, determinó sacrificarle, por lo que, después de azotado, le hizo torturar con instrumentos de hierro candente; pero ni el fuego le hizo mella, ni tampoco las saetas que le dispararon atado á un poste; antes al contrario, como una de ellas sacáse el ojo á uno de los verdugos, al decirle el santo que se lavase la herida con sangre

suya, quedó sano luego, á la vez de cuerpo y de alma. Últimamente S. Cristóbal fué decapitado, y antes de expirar solicitó del Señor, que donde quiera se enterrase su cuerpo, el país quedase inmune de pestes, hambres, tormentas ú otras asolaciones, y por esta razón es especial abogado contra todo ello. Acaeció su feliz tránsito en 25 de Julio del año 254.

Concíbese bien que las singulares circunstancias de este Santo mártir, le valiesen suma reputación desde tiempos muy lejanos, en que, á más de la grandeza de su fe y de sus padecimientos, debió por lo imponente y prodigioso de su figura ejercer gran prestigio entre pueblos rudos é ignorantes, cuya figura no tardó en ser popularizada por la iconografía cristiana que reiteradamente en templos y otros edificios reprodujo su imagen colosal, de pintura y escultura, como una que recordamos todavía existente sobre la puerta de la ciudad de Berna, en Suiza, á más de otras tomadas simplemente por gigantes. En Barcelona misma durante el siglo XVI, había un gran San Cristóbal en la calle de la Boria, esquina á la de Mercaders. Esto, y sus méritos especiales le valieron la reputación de abogado contra pestes y demás azotes que suelen afligir á la humanidad; y hé aquí porque son pocos los pueblos donde no se le rinda culto al igual de los demás Santos de análoga invocación como San Roque, San Jacinto, San Sebastián, etc.

Barcelona, que desde el tiempo de los Apóstoles sobresalió en la fe cristiana, en la virtud de sus varones y prelados, y en la morigeración del pueblo; Barcelona que á su vez fué reiteradas veces asolada por pestes, guerras y calamidades sin cuento, no podía olvidar al valioso centinela que en el gigante canabeo tenía el Cristianismo; por cuya razón, luego de arraigado éste, y extinguidos el paganismo y el mahometismo, apresuróse á erigir, no una, sino dos capillas al Santo portador

de Cristo, una situada en la calle de Regomir, que es la de que tratamos, y otra en la calle más Alta de San Pedro, edificada a expensas de los Concelleres el año 1558, con capellanía bajo su patronato.

II.—La Capilla.

Llamase del Regomir por estar incluida en un grupo de caserío del mismo nombre, vetusta reliquia romano-arabesca, hacia el centro del paramento Sur de la prístina ciudad, que abarcaba todo el litoral marítimo desde las avenidas del Montjuich, hasta los límites de las que fueron iglesias de Santa María del Mar y San Pedro de las Puellas, teniendo en dicho centro la puerta occidental del barrio más señalado ó *Arce* romano, opuesta á la septentrional, cuyos torreones flanqueros subsisten en la llamada *Plaza nueva*. La puerta del Regomir abría sobre la misma muralla romana, también entre dos torres, acompañadas de otras que abrazaban mas á la derecha el límite extremo de las construcciones imperiales por aquel lado, constituyendo un gran edificio murado á guisa de fortaleza, pretendida residencia de algún régulo ó emir, durante la breve dominación arabesca en la ciudad; cuyo título de *rex* ó *amir*, ligeramente alterado por vulgar locución, en *Regomir*, explica con harta naturalidad el nombre que ha quedado, sin necesidad de acudir á las extravagantes interpretaciones dadas sin éxito por nuestros cronistas desde Pujades á Bofarull.

Dichos cronistas han andado en verdad poco ciertos al historiar la capilla de que se trata.

El Sr Pí y Arimón la atribuye un origen inmemorial, y reconociendo que estuvo sobre la puerta Sur de

la primitiva muralla, añade que en 1503 fué ampliada en su mismo sitio, y posteriormente sustituida por otra de mayores dimensiones, al nivel de la calle.

El autor del *Guía Cicerone* de Barcelona, D. Antonio de Bofarull, incurre en una porción de dislates al explicar dicho origen y el de la palabra *Regomir*. ¿Qué indica en efecto, qué procedencia trae esta voz? Nombre propio, de ninguna relación con la ciudad, ni con la lengua del país, de referencia todavía dudosa, sin base histórica, sin raíz etnográfica, sin significación determinada, ¿qué razón de ser tiene en aquella localidad?

Nuestro historiador, con todo y su suficiencia arqueológica, gasta muchas frases para sentar otras tantas incongruencias que no resisten á una crítica formal.— «Que siendo rey de Francia Luis el Piadoso, y dominando los árabes en Barcelona, los catalanes llamaron á aquél con objeto de que liberase la ciudad, y aunque Zaddo á Addo, prefecto árabe, ofreció entregarla al monarca francés, en el tiempo mismo que se urdía una traición para rendirse, interviniendo en ella el Wali, apellidado rey Gamir, Luis el Piadoso, sin aguardar más, entró en la plaza el año 804 cautivando al Gamir á quien encerró en una fortaleza cercana al mar, según Pujades, recluyendo ó recogiendo á sus parciales en un vecino barrio extramuros. De ahí el nombre de Regomir (barrio del rey Gamir) extendido á la plaza y bajada ó calle actuales, para Bofarull la mejor prueba de verdad de este episodio de nuestra historia, que pretende confirmar con la opinión de antiguos cronistas respecto á haber existido al confín de la ciudad romana, grandes castillos avanzados (el *Vetus* y el *Novum*, con otro en el arrabal, esa supuesta prisión de Gamir) sobre cuya situación discrepan los mismos autores, ya suponiéndole al pié de la bajada del Regomir, en vista de ciertos grandes murrallones y torres que allí hay, frente á una plazoleta á

la acera opuesta de la capilla, solar de la que fué casa de Dusay, donde todavía subsiste un patio del renacimiento, obra de Forment, pretendiendo otros que toda la fortaleza ó barriada de Gamir estaba mucho más abajo hacia el mar, primitivo astillero que cogía parte de los Encantes y la calle de la Fustería, antes dels Serrahins, en decir de Pujades, cual recuerdo de los que allí fueron relegados, dudando Pí de tal etimología, pues serrahins podría también referirse á los *serradors*, otros de los oficiales del astillero (aunque el nombre antiguo de *ase-rrador* fué *serraller*). Observa por fin este último, que ni Manescal ni Francisco Calza hacen mérito alguno del castillo ó arrabal de Gamir, sino de unas casas que á éste fueron asignadas por residencia.

Otra contradicción ridícula de Bofarull y sus partidarios es apelar al testimonio de una cabeza, mayor del natural, supuesta figura de Gamir, que se ve ó que ha poco se veía al fondo de la entrada del edificio número 12 de aquella plaza, con la siguiente inscripción, más pretenciosa que acertada: «Cabeza trasladada a esta nueva casa en 1841, de la esquina de la demolida (calle de la Cometa) para permanencia de la antigüedad que ofrece, recordando, según tradición, la del jefe de las tropas moras que ocupaban esta ciudad, á su entrada en ella del rey Ludovico Pio». Sólo observaremos que la tal cabeza no ofrece carácter de época (siglo IX), ni de moro ni de personaje determinado, siendo una de aquellas carátulas de greñas revueltas y cara caricaturada estilo barroco, como las hubo y las hay todavía en esta ciudad, indicando casas de lenocinio.

Según otra versión de Pí, sacada de Marca, la calle no tomó nombre de rey alguno sino de un gobernador de la provincia tarraconense, cuyo nombre no expresa, haciéndole anterior á los árabes, de la época de Wamba (siglo VII); prescindiendo de que jamás ha habido en

Barcelona rey moro alguno, conforme aparece de las etimologías, ni menos con nombre de Gamir, ni con otro semejante. Añade que Said, caudillo musulmán á la sazón, nombró gobernador ó un pariente suyo dicho Hamur, ó tal vez Amir (wali).

Difíciles son de atar esos cabos, y de reducir á sustancia tamañas divergencias. Lo que resulta es, como decíamos al principio, que nuestros cronistas dieron escasas muestras de perspicacia en este incidente histórico. Y menos las dieron al atribuir á la capilla de San Cristóbal un origen inmemorial, pues sabiendo que estuvo en la muralla romana y luego en la parte comprendida dentro un alcázar ó palacio árabe, del tiempo de la reconquista de Barcelona por los francos, cosa tampoco bien averiguada, desde luego habían de descontarse de sus orígenes los dos períodos romano y muzlímico, reduciéndose á la época de la Edad Media. Es de advertir que la torre que flanqueaba la puerta ó entrada por el lado derecho, fué derribada en el año 1842, dejando ver en su interior, parte de una construcción de la buena época romana, probablemente relacionada con la descubierta en el vecino *Palau de la Comtesa*, que formando ángulo recto corría en la misma línea de la actual calle del Regomir, sin desnivel ni bajada alguna, como ahora, debida ésta quizá á sucesivos rellenamientos de tierra ó derribos.

Nuestra capilla, sin ser de origen inmemorial, como afirma Pí, debió tener comienzo en los tiempos medievales, cuando esta ciudad ó su Municipio ó sus representantes populares, fueron tomando iniciativa propia en las edificaciones más ó menos públicas, bajo el influjo estético que entonces las dirigía y el sentimiento moral y social que las inspiraba. Una construcción esencialmente religiosa, no pudo ser obra de gentiles ó paganos, y teniendo carácter íntimamente cristiano y popular, no pudo nacer sino en la época de mayor efervescencia

de estos sentimientos. Satisfecho el anhelo de las masas con la erección de catedrales, iglesias y monasterios, extendióse la propaganda religiosa á conventos, capillas, ó simples santuarios, donde emulaban la piedad y la devoción, dando vigor á la fe, é impulso á las donosas artes de aquel período. Entónces se multiplicaron esas construcciones devotas de tercero y cuarto orden, conforme nuestra misma capital patentiza con la abundancia de tantos humilladeros, capillas, cruces, etc., que se prodigaron en sus calles y casas, ingresos y portadas, arcos y puentes, entónces muy en boga por la pintoresca irregularidad de la edificación, especialmente en las entradas, como símbolo de consagración ó patrocinio, atendidas las ideas supersticiosas y en cierto modo cabalísticas de la época. Podríamos citar un gran número, de las cuales todavía existen varias, habiendo otras dejado su nombre á los locales donde estuvieron emplazadas: calles de la *Mare de Deu*, *Piedad*, *Arc Maria*, *Rosario*, *Meljes*; Bajadas del *Ecce Homo*, de *San Miguel*, de *Santa Eulalia*; Arco de *San Cristóbal*, las más con imágenes de sus titulares y capillitas anejas.

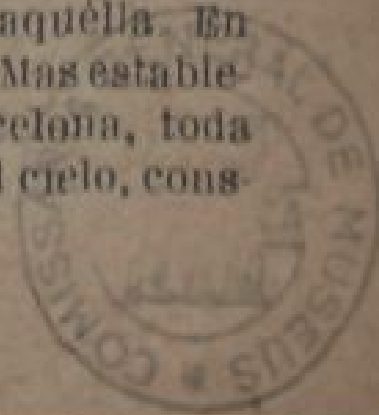
Esto nos deja colegir que el primer acto de devoción ú homenaje rendido al Santo por Barcelona, fué una simple pintura de su imagen sobre la puerta del Regomir, como lo fué después y lo ha sido en adelante, á impulsos de igual devoción, la de San Roque en una de las torres de la Plaza Nueva y á su vez la del Angel, en la puerta de igual nombre. A la declaración más ó menos oficial del patrocinio, debió anticiparse la devoción del pueblo, convencido de la necesidad de este último. La prueba es que ambas devociones antes de localizarse autorizadamente, conforme sucedió también mucho tiempo con San Sebastián, corrieron á cargo de agremiaciones determinadas, ó comisiones de barrio, que ya por haberse visto libres de contagio ó para evitarle en

lo sucesivo, siempre al solo impulso de dicha devoción, solemnizaron con públicos regocijos las fiestas de sus insignes valedores, cuidando por sí mismos de la dirección y administración de todo. Fuera de San Sebastián, que por voto de la ciudad y especial cuidado de su Municipio, tuvo iglesia propia desde los primeros años del siglo XVI, San Roque sigue todavía en la misma interinidad y San Cristóbal, con dos capillas abiertas al público, anda todavía mal adherido á la inmediata parroquia de San Justo, recibiendo un culto eventual y menguado, bajo el régimen de algunos vecinos de buena voluntad, y eso que el Consejo municipal, en 10 de Junio de 1701, bajo la impresión de un gran contagio, dispuso se festejase al bienaventurado Cristóbal con fiesta solemne como la de Domingo, se que d'aquí avant se colga, per ordinació de la present ciutat; y en la misma época dicho Consejo honraba no menos á San Roque, según viene consignado en sus dietarios, resultando en 16 Agosto de 1563, día del Santo, que los magníficos Concelleres fueron á la iglesia de Santa Eulalia de Mérida, donde se celebraba la fiesta del glorioso Santo peregrino, convidados por los obreros de la respectiva Cofradía; y en otra noticia análoga del año 64, se observa que la tal iglesia estaba fuera de la Puerta Nueva. Otra demostración de ser considerado el Santo como uno de los porteros ó tutelares contra la peste. En noticias sucesivas se previene lo siguiente (*Manual de Novells Ardits*, dissapte 11 Setembre 1529): con referencia á otra peste que dominaba, ordenóse celebrar cuatro misas diarias, una en el altar de Santa Eulalia; otra en el de San Sebastián; otra en el de San Roque, y otra en la capilla de San Cristóbal. Relativamente á los oficios del Santo y otros que el Municipio hacia celebrar en su capilla de San Miguel, solían sermonear los Padres capuchinos; probablemente porque lo harían más baratito.

A más de sus dos capillas, nuestro Santo recibía culto precario y accidental en ciertas ocagiones de contagio, según resulta, entre otros Diarios, de *El Ancora*, 10 de Julio 1830, página 147, que dice: «Hemos observado que en el arco de la calle de Miser Ferrer, entrando por la de Ripoll, se ha adornado una capillita de San Cristóbal con flores y cortinajes, alumbrandola con una porción de cirios que han llevado los devotos vecinos. Tan plausible devoción tiene su origen en la tradición de que en dicha calle no se ha tenido nunca que lamentar por sus vecinos desgracia alguna en las diferentes epidemias que han afligido á esta ciudad».

A más de la pintura mural que hemos supuesto figuraría á San Cristóbal en los primeros tiempos, consta que antes de erigírsele capilla propia sería venerado en un simple retablo, insiguiendo ciertas noticias recogidas por nuestro malogrado amigo D. Jaime Fustagueras, al reseñar históricamente nuestra capilla del Regomir, en el *Diario de Avisos* de 21 Febrero 1845, diciendo, folio 757, que en el lugar donde aquella fué después erigida, Juan Benito Decolle (Dezcoll) ciudadano de Barcelona, por devoción al Santo, puso un retablo donde aquel estaba pintado, como suele figurársele, abrazando un árbol ó palmera y llevando en hombros al niño Jesús; y se añade que en 5 de Julio de 1535, logró dicho Dezcoll permiso del entonces Sr. Vicario General para celebrar Misa ante dicho retablo en su festividad propia, tal cual consta en el Registro de gracias de la Curia de aquel año.

El local primitivo de la capilla, aunque situado en una de las torres de la muralla, no era de dominio público, sino particular; así resulta de una escritura de establecimiento conservada en el archivo de aquella. En efecto, á 9 de Julio de 1709, el Notario Ramón Mas establece á José Más de Roda, cerrajero de Barcelona, toda aquella torre ó piso (estancia) de ella hasta el cielo, cons-



truída encima de la capilla de San Cristóbal del Regomir, larga de cuarenta palmos y ancha de veinte y siete y cuarto, sin contar el grueso de paredes, todo dependiente á censal de una casa de Miguel de Gualbes y antes de N. Rupit, alodio de la pia almoína de la Seo, sucediendo al noble Pedro de Sarri á censo de tres morabatines (nueve sueldos cada morabatin), lindando por Oeste con casa del adquiridor y parte con otra de Buenaventura Gualbes, á Mediodía con calle del Regomir, á Poniente parte con idem y con casa del establimente, y al Norte con Juan Vilaseca, sastre, y con otros edificios del otorgante, que fueron establecidos por Pablo Albareda, labrador de Martorell, quien los tenía por herencia y testamento en poder del párroco de San Vicente de Castellbisbal de 2 de Septiembre de 1652.

Probablemente esta situación de la capilla sería en lo alto de la muralla, antes de mudarse á la planta baja, cuya reedificación viene consignada en una tablilla á guisa de lápida sobre el paramento izquierdo exterior de la fachada actual, que dice así: «Dilluns á VIII de Agost MDXXX, lo Ilustríssim D. Joan Miralles, arquebisbe de Thesalia, benehi la primera pedra en la present capella, presents los Magnífichs M. Francesch Climent de Corella, conseller, M. Esteve Fonoll, obrer; y doná LXXX días de perdó á quants benefactors cuidan de aquesta imatge».

Observa el citado Pustagueras, que hallándose entonces la ciudad afligida por un contagio, de la circunstancia de haber asistido á la bendición un Conceller y uno de los Obreros del común, debe prudentemente inferirse que esta construcción de la capilla fué voto de ciudad para conseguir la protección del Santo en el terrible azote que la afligía, arguyendo la extrañeza de que no asistiese al acto el entonces obispo, Cardenal de Vich, sino el que lo era de Gracia y Anillo, D. Juan de

Miralles que, según el P. Diago, asistió también á la fundación de la antigua Universidad.

A consecuencia de otra gran epidemia, el sábado 17 de Julio de 1507 los honorables Concelleres viendo y considerando que á nuestro Señor y á su graciosísima Madre había placido, intercediendo los gloriosos SS. Sebastián y Cristóbal y otros santos y santas, relevar dicha peste, de tal modo que por no ocurrir caso alguno en aquel tiempo era cosa milagrosa, ordenaron se cantase un solemne *Te Deum* y cesasen la cerca que se hacía por tal motivo (era una relación de enfermos por barrios que hacia el Correo, como dependiente del municipio. *Manual de Novells Ardits*, vol. V., pl.^a 205).

En 1568 había crecido de tal modo la devoción á San Cristóbal, que otro obispo, el limo. Sr. D Guillén Cassador, dió permiso para destruir la capilla existente y reedificarla con mayor amplitud, dando facultades á sus protectores ó administradores de ensancharla y seguir en ella el culto público, con celebración de misas, rosarios y novenas. Sucesivamente por otros prelados diéronse licencias para recaudar limosnas, celebrar la fiesta anual con oficio, sermón y regocijos callejeros; prueba todo de la veneración popular á San Cristóbal y del celo de los obispos en su favor.

El referido diario de 24 Febrero de 1845, completa esta reseña de la capilla de San Cristóbal con los siguientes atinados párrafos:

«Los actuales barceloneses que conservan la devoción de sus mayores hacia tan glorioso Santo, y muy en especial los vecinos de la calle y barrios del Regomir—la mayoría cerrajeros, que ocupaban aquellas tiendas y que solían contribuir á los productos y á la obra de la propia capilla—ansiaban ver colocada otra vez en la capilla que erigieron sus antecesores, aquella misma imagen venerada por tantos siglos del protector á quien Bar-


celona había invocado en sus calamidades; imagen á la cual otra calamidad más desastrosa por proceder de los hombres, dejara sin culto desde 1835, teniendo que cerrarse la capilla y trasladarse dicha imagen á la parroquia de los SS. Justo y Pastor. Mediaban empero algunas dificultades: la capilla había sido destinada á cuartellillo, y era necesario algún gasto para rehabilitarla. Mas la piedad de los barceloneses fué siempre generosa, y obtenidas las llaves, con el correspondiente permiso de las autoridades eclesiástica y civil que secundaron de buen grado la piadosa demanda del vecindario, quedaron removidos todos los obstáculos, y el día 4 de Enero de aquel mismo año (1845) el M. L. Sr. Dr. D. Isidro Valls canónigo de esta santa Iglesia y gobernador de la Mitra, eficazmente secundado por el Rdo. Dr. Marcer que más adelante le sucedió en el cargo, inauguró solemnemente la rehabilitación de nuestra capilla con la ceremonia de bendecirla, acompañado de otros sacerdotes y de los señores Obreros, celebrándose enseguida el santo sacrificio de la Misa. Por la tarde, la Comunidad de San Justo gratuitamente y á impulsos de un celo que en otras ocasiones dejó bien acreditado, cantó completas y una devota salve. El siguiente domingo, 1.º de Marzo, desde las seis y media de la mañana, empezaron á celebrarse Misas, y se cantó la mayor y solemne á las diez, con sermón, después de la cual fué entonado en aquel breve, pero edificante recinto, el himno de las victorias cristianas, aquel himno de que tantas veces han abusado el orgullo y el poder del hombre para las pompas mundanales, el sublime, el estático *Te Deum*. Resonaba entonces como un cántico de piadoso triunfo en acción de gracias de los beneficios del cielo, y en especial por aquel acto de religión, que no era de esperar después de tantos desastres. La presencia de una comisión del Municipio y de los señores Obreros simbolizaba la piedad de nuestros

antiguos Concelleres y padres, dando á aquella función un tierno y majestuoso realce».

Para sostén de la capilla del Regomir, además de las colectas que periódicamente se hacían públicamente y de las rifas semanales autorizadas por el Municipio, había fundaciones de Misas, aniversarios, novenarios, gozos y otras prácticas para los demás días del año, mediante rentas de varios censos y censales, cuyos títulos conservan en su mayoría, el archivo particular de la capilla y el de la parroquial de San Justo, que ejercía una especie de patronato. En el siglo XVI al culto de San Crisótopal se agregó el del Santo Papa martir Anacleto, cuyas reliquias fueron traídas de Roma por un religioso de Poblet, y más adelante vinieron también las del mismo Santo titular. Es todavía objeto de especial culto allí, y además existe, por generosa donación de una antigua devota, una pequeña imagen portátil del *Ecce-Homo*, que solía llevarse á las casas de enfermos que la pedían, cual sucedía con muchas imágenes de otras iglesias. Un dato poco conocido resultante de formal escritura en el archivo, es que la piedad del rey D Felipe II, creó y estableció en nuestra capilla una cofradía ó montepío de los Porteros reales de Cataluña, esto es, de aquella clase de funcionarios subalternos de los tribunales que promiscuan en sus funciones con los alguaciles; imitación acaso de aquella otra cofradía que en años anteriores establecieron ó fundaron los llamados *Correos mayores*, en capilla análoga, que todavía persevera, llamada de *Marcús*.

J. PUIGGARÍ.

MNAC
Biblioteca General d'Història de l'Art



1200038390

C8/44

R.6309